

El verdadero motivo de conflicto en Turquía

Federico Engels

12 de abril de 1953

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Extracts from the New York Tribune on the Crimean War](#)”, en [Articles by Marx in New York Daily Tribune](#), MIA. Consultado el 21 de Agosto de 2024. Publicado en *New York Tribune*, 12 abril de 1853)

Estamos asombrados de que, en la actual discusión de la cuestión oriental, los periódicos ingleses no hayan demostrado más audazmente los intereses vitales que deberían hacer de Gran Bretaña el oponente más serio e inflexible de los proyectos rusos de anexión y engrandecimiento. Inglaterra no puede permitir que Rusia se convierta en la poseedora de los Dardanelos y el Bósforo. Tanto comercial como políticamente, tal acontecimiento sería un golpe profundo, si no mortal, para el poder británico. Esto se desprende de una simple exposición de los hechos concernientes a su comercio con Turquía.

Antes del descubrimiento de la ruta directa a la India, Constantinopla era el centro de un extenso comercio; e incluso ahora, aunque los productos de la India llegan a Europa por la ruta terrestre a través de Persia, Teherán y Turquía, los puertos turcos tienen un tráfico muy importante y en rápido aumento tanto con Europa como con el interior de Asia. Para comprenderlo sólo es necesario mirar el mapa. Desde la Selva Negra hasta las alturas arenosas de Veliki Nóvgorod, todo el país interior está drenado por ríos que desembocan en los mares Negro o Caspio. El Danubio y el Volga, los dos ríos gigantes de Europa, el Dniéper, el Dniéper y el Don, todos ellos forman canales naturales para el transporte de productos del interior hacia el mar Negro, ya que el Caspio sólo es accesible a través del mar Negro. Dos tercios de Europa, es decir, una parte de Alemania y Polonia, toda Hungría y las partes más fértiles de Rusia, además de Turquía en Europa, se remiten así naturalmente al Euxine [mar Negro] para la exportación y el intercambio de sus productos; y tanto más cuanto que todos estos países son esencialmente agrícolas, y la gran mayoría de sus productos deben hacer siempre del transporte fluvial el medio predominante de transporte. El maíz de Hungría, Polonia, Rusia meridional, la lana y los cueros de los mismos países, aparecen en cantidades anualmente mayores en nuestros mercados occidentales, y todos ellos se embarcan en Galatz, Odessa, Taganrog y otros puertos del Euxine. Hay otra rama importante del comercio que se lleva a cabo en el mar Negro. Constantinopla y, sobre todo, Trebisonda, en la Turquía asiática, son los principales mercados del comercio de caravanas hacia el interior de Asia, hacia el valle del Éufrates y del Tigris, hacia Persia y el Turquestán. Este comercio también está aumentando rápidamente. Los comerciantes griegos y armenios de las dos ciudades mencionadas importan grandes cantidades de productos manufacturados ingleses, cuyo bajo precio está suplantando rápidamente a la industria nacional de los harenes asiáticos. Trebisonda está mejor situada para este comercio que cualquier otro punto. Tiene en su retaguardia las colinas de Armenia, que son mucho menos intransitables que el desierto sirio, y se encuentra a una conveniente proximidad de Bagdad, Shiraz y Teherán, este último lugar sirve como un mercado intermedio para las caravanas de Jiva y Bojara. La

importancia que está adquiriendo este comercio, y el del mar Negro en general, puede apreciarse en la Bolsa de Manchester, donde los compradores griegos de tez morena son cada vez más numerosos e importantes, y donde se oyen dialectos griegos y eslavos del sur junto con el alemán y el inglés.

El comercio de Trebisonda se está convirtiendo también en un asunto de la más seria consideración política, ya que ha sido el medio de poner de nuevo en conflicto a los intereses de Rusia e Inglaterra en el Asia interior. Los rusos tenían, hasta 1840, un monopolio casi exclusivo del comercio de productos manufacturados extranjeros a esa región. Se descubrió que los productos rusos llegaban hasta el Indo y, en algunos casos, eran preferidos a los ingleses. Hasta el momento de la Guerra Afgana, la conquista de Sind y el Punjab, se puede afirmar con seguridad que el comercio de Inglaterra con Asia interior era casi nulo. El hecho es ahora diferente. La necesidad suprema de una expansión incesante del comercio (el *fatum* que acecha como un espectro a la Inglaterra moderna y que, si no se apacigua en seguida, provoca estas terribles convulsiones que vibran desde Nueva York a Cantón, y desde San Petersburgo a Sídney), esta necesidad inflexible ha hecho que el interior de Asia sea atacado desde dos flancos por el comercio inglés: desde el Indo y desde el mar Negro; y aunque sabemos muy poco de las exportaciones de Rusia a esa parte del mundo, podemos concluir con seguridad, por el aumento de las exportaciones inglesas a esa zona, que el comercio ruso en esa dirección debe haber disminuido sensiblemente. El campo de batalla comercial entre Inglaterra y Rusia se ha desplazado del Indo a Trebisonda, y el comercio ruso, que antes se aventuraba hasta los límites del imperio oriental de Inglaterra, se ve ahora reducido a la defensiva al borde mismo de su propia línea de aduanas. La importancia de este hecho con respecto a cualquier solución futura de la cuestión oriental, y a la parte que tanto Inglaterra como Rusia puedan tomar en ella, es evidente. Son, y siempre serán, antagonistas en oriente.

Pero pasemos a una estimación más precisa del comercio del mar Negro. Según *The London Economist*, las exportaciones británicas a los dominios turcos, incluyendo Egipto y los principados danubianos, fueron:

En 1840 - £1,440,592

En 1842 - £2.068.342

En 1844 - £3.271.333

En 1846 - £2.707.571

En 1848 - £3.626.241

En 1850 - £3.762.480

En 1851 - £3.548.595

De estas cantidades, al menos, dos tercios deben haber ido a los puertos del mar Negro, incluyendo Constantinopla. Y todo este comercio en rápido aumento depende de la confianza que pueda depositarse en el poder que gobierne los Dardanelos y el Bósforo, las llaves del mar Negro. Quien las posea puede abrir y cerrar a su antojo el paso a este último recoveco del Mediterráneo. Si Rusia se apodera de Constantinopla, ¿quién esperará que mantenga abierta la puerta por la que Inglaterra ha invadido sus dominios comerciales?

Hasta aquí la importancia comercial de Turquía, y especialmente de los Dardanelos. Es evidente que no sólo un comercio muy grande, sino la principal relación de Europa con Asia Central, y, en consecuencia, el principal medio de recivilizar esa vasta región, depende de la libertad ininterrumpida de comerciar a través de estas puertas hacia el mar Negro.

Pasemos ahora a las consideraciones militares. La importancia comercial de los Dardanelos y del Bósforo los convierte a la vez en posiciones militares de primer orden; es decir, posiciones de influencia decisiva en cualquier guerra. Tal punto es Gibraltar, y tal es Helsinborg en el estrecho. Pero los Dardanelos son, por la naturaleza de su ubicación, aún más importantes. Los cañones de Gibraltar o Helsinborg no pueden dominar todo el estrecho en el que están situados, y necesitan la ayuda de una flota para cerrarlo; mientras que la estrechez del estrecho de los Dardanelos y del Bósforo es tal que unas pocas fortificaciones debidamente erigidas y bien armadas, como las que Rusia, una vez en posesión, no tardaría ni una hora en levantar, podrían desafiar a las flotas combinadas del mundo si intentaran el paso. En ese caso, el mar Negro sería más propiamente un lago ruso que incluso el lago de Ládoga, situado en su mismo corazón. La resistencia de los caucasianos sería aniquilada de inmediato; Trebisonda sería un puerto ruso; el Danubio, un río ruso. Además, cuando Constantinopla sea tomada, el Imperio Turco quedará partido en dos. La Turquía asiática y la europea no tienen medios de comunicarse ni de apoyarse mutuamente; y mientras la fuerza del ejército turco, rechazada en Asia, es completamente inofensiva, Macedonia, Tesalia, Albania, flanqueadas y separadas del cuerpo principal, no darán al conquistador la molestia de someterlas; no les quedará más que implorar clemencia y un ejército que mantenga el orden interno.

Pero habiendo llegado tan lejos en el camino hacia el imperio universal, ¿es probable que esta gigantesca e hinchada potencia se detenga en su carrera? Las circunstancias, si no su propia voluntad, se lo prohíben. Con la anexión de Turquía y Grecia, dispone de excelentes puertos marítimos, mientras que los griegos proporcionan hábiles marineros para su armada. Con Constantinopla, se encuentra en el umbral del Mediterráneo; con Durazo y la costa albanesa de Antivari [Bar] a Arta, está en el mismo centro del Adriático; a la vista de las Islas Jónicas británicas, y a treinta y seis horas de navegación de Malta. Flanqueando los dominios austriacos por el norte, este y sur, Rusia ya contaría a los Habsburgo entre sus vasallos. Y luego, otra cuestión es posible, es incluso probable. La quebrada y ondulante frontera occidental del imperio, mal definida en cuanto a límites naturales, exigiría una rectificación; y parecería que la frontera natural de Rusia va desde Dánzig, o quizá Stettin [Szczecin], hasta Trieste. Y tan seguro como que la conquista sigue a la conquista, y la anexión a la anexión, tan seguro sería que la conquista de Turquía por Rusia sería sólo el prelude de la anexión de Hungría, Prusia, Galitzia, y de la realización final del Imperio Esloavo con el que han soñado ciertos fanáticos filólogos paneslavistas.

Rusia es decididamente una nación conquistadora, y lo fue durante un siglo, hasta que el gran movimiento de 1789 llamó a una potente actividad a un antagonista de naturaleza formidable. Nos referimos a la revolución europea, la fuerza explosiva de las ideas democráticas y la sed de libertad innata del hombre. Desde aquella época no ha habido en realidad más que dos potencias en el continente europeo: Rusia y el absolutismo, la revolución y la democracia. Por el momento la revolución parece suprimida, pero vive y es temida tan profundamente como siempre. El levantamiento tardío en Milán rinde testimonio de ese terror. Pero si Rusia se apodera de Turquía, su fuerza aumentará casi a la mitad y será superior a todo el resto de Europa junta. Tal acontecimiento sería una calamidad indecible para la causa revolucionaria. El mantenimiento de la independencia turca o, en caso de una posible disolución del Imperio Otomano, la detención del plan ruso de anexión, es una cuestión de la máxima

importancia. En este caso, los intereses de la democracia revolucionaria y de Inglaterra van de la mano. Ninguno de los dos puede permitir que el zar haga de Constantinopla una de sus capitales, y nos encontraremos con que, cuando se vean abocados al paredón, los unos le resistirán con tanta determinación como los otros.

Edicions Internacionals Sedov
Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es